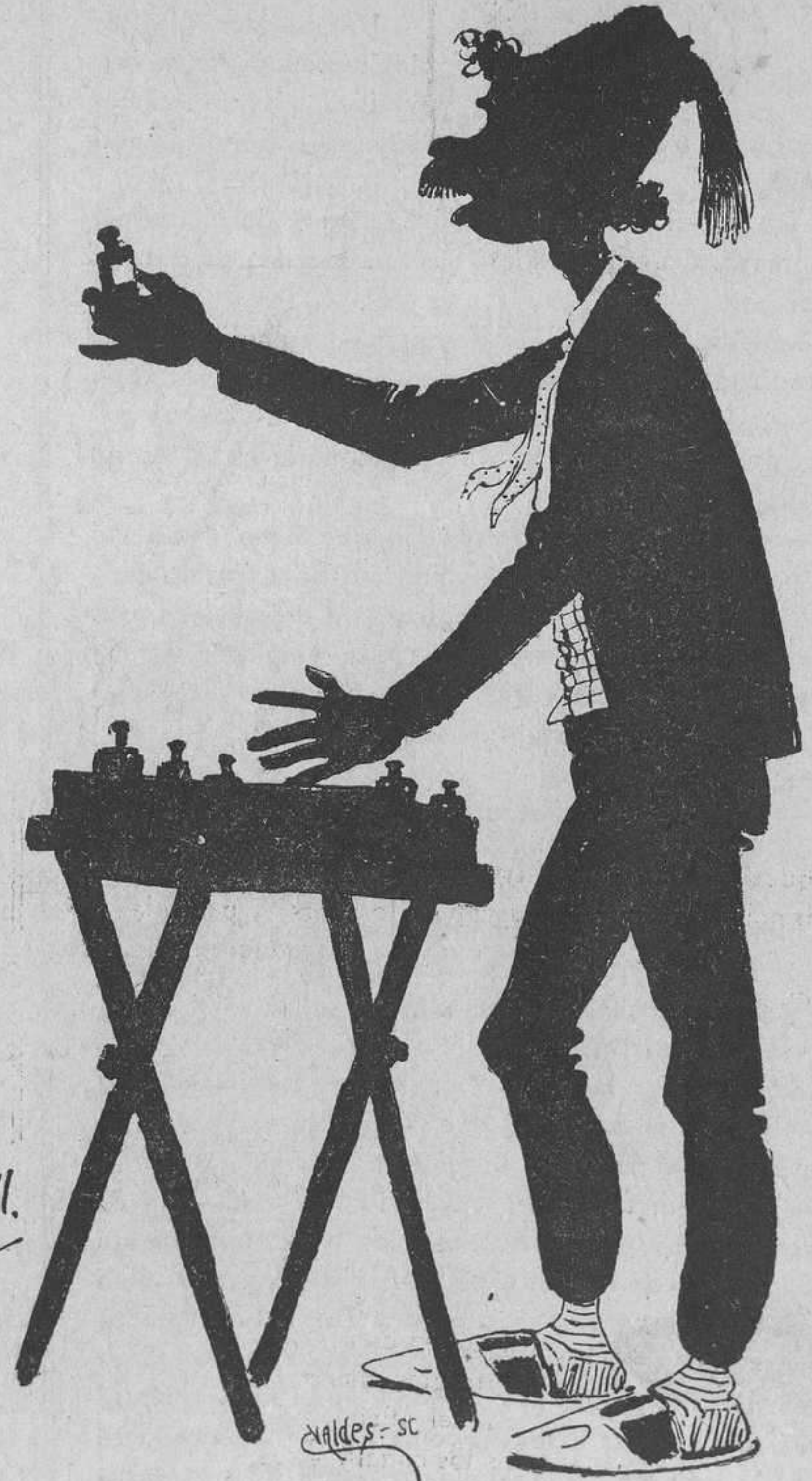
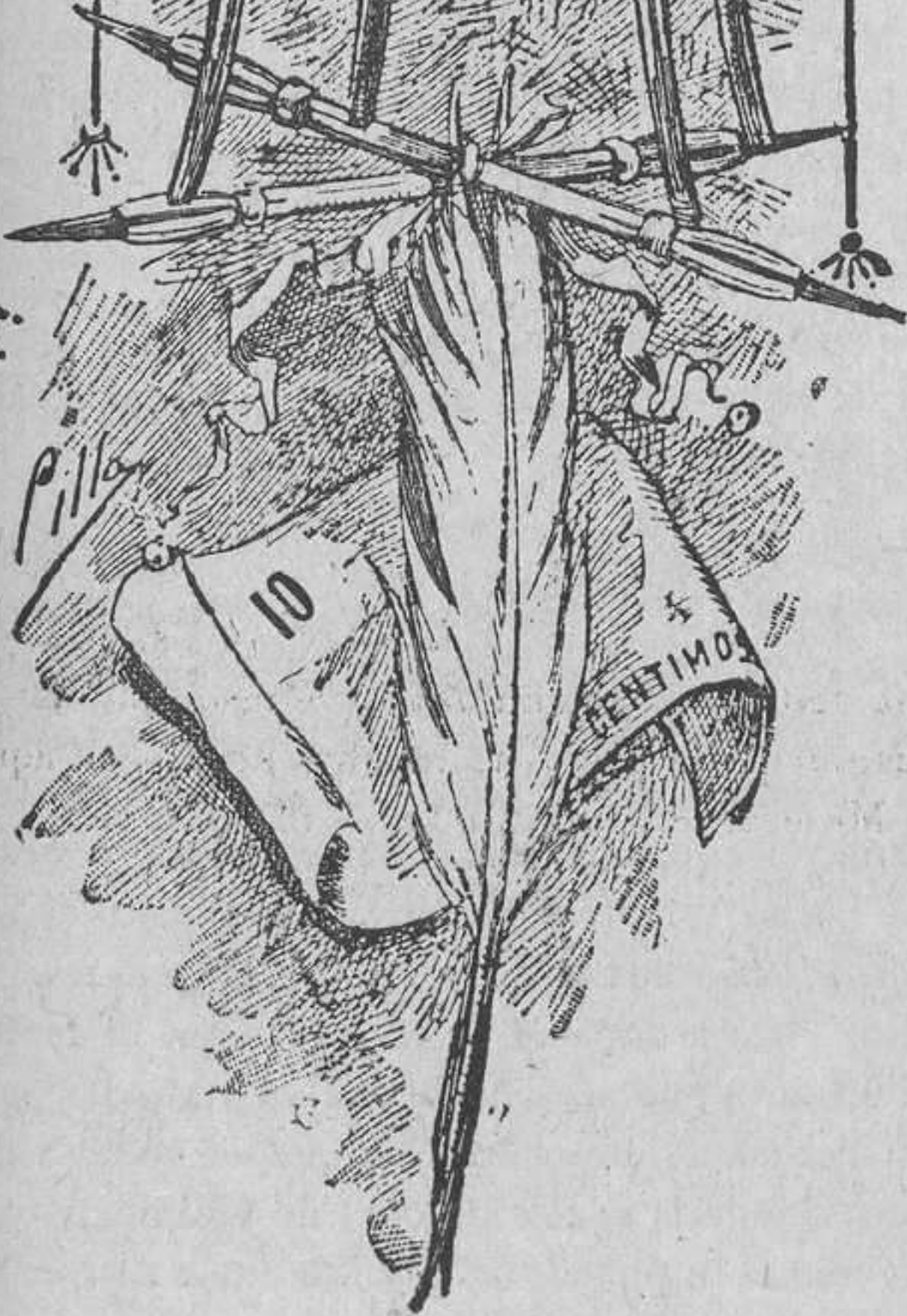


LA CASCABEL



Núm. 36. EPOCA TERCERA Año I.

SILUETAS.—*Nuestros médicos ambulantes.*



Por cuatro perras gordas dan un frasco de un elixir de plantas diferentes que hace saltar los ojos y los dientes... y morirse de asco.

REDACTORES

Cávia (D. Mariano de).
 Jackson Veyan (D. José).
 López Silva (D. José).
 Palacio (D. Eduardo de).
 París (D. Luis).
 Paso (D. Manuel).

Pérez Zúñiga (D. Juan).
 Sierra (D. Eusebio).
 Taboada (D. Luis).
 Torromé (D. Rafael).
 Yráyoz (D. Fiacro).

COLABORADORES

Todos los buenos escritores festivos.

DIBUJANTES

Angel (D. Manuel).
 Cilla (D. Ramón).
 Escaler (D. Ramón).

González (D. Melitón).
 Sáenz Hermúa (D. Eduardo) (*Mecachis*).

Advertencia.—Queda prohibida la copia de los trabajos insertos en EL CASCABEL



Durante los días de la última semana, se han verificado las oposiciones

á curatos en la diócesis á que tenemos el honor de pertenecer.

—¿Qué tal, D. Cosme? ¿Cómo vamos de ejercicios? —preguntaba el jueves una beatona á cierto aspirante á párroco.

—Medianejamente, D.^a Bernarda—respondió el páter, mordiéndose las uñas con verdadera unción religiosa.

—Le encuentro á V. pálido y ojeroso. Hasta me parece que se le está poniendo á V. la nariz un si es no es diáfano.

—Señora, es que V. no sabe lo que llevo estudiado en poco tiempo. ¡Cuántas noches me he dormido dándoles vueltas á los Santos Padres, sin dejarlos en paz, hasta que el sueño se me ha apagado y la vela me ha rendido, ó viceversa! ¿Quiérra V. creer que estos días he tenido una indigestión de textos latinos?

—¡Pobre D. Cosme!

—Sí, señora; tan preocupado estoy con mis estudios, que á veces me distraigo y lo latinizo todo. Ayer, sin ir más lejos, llegué muy apurado á casa y pedí á la criada una taza de té; pero como la pobre se parece tanto á un arcipreste amigo mío, formulé mi petición en latín. ¿Y sabe V. lo que me trajo la muy bestia?

—Flor de malva.

—No, señora: las zapatillas.

—Desengañese V., todo se puede dar por bien empleado con tal de pescar una buena parroquia.

—¡Ay, amiga mía! ¡Si viera V. cómo anda eso de los curatos! Las misas escasean, las bodas no son tan frecuentes como los bautizos, y por desgracia mueren pocos feligreses y aun éstos se complacen en recomendar para su ánima los sufragios más económicos. Crea usted, D.^a Bernarda, que el oficio anda mal. ¡Métase usted en la cabeza todos los concilios ecuménicos para luego ir á un pueblo en donde le dan á V. una casu-

ca ruinosa, una higuera sin higos, media docena de gallinas y otra media de disgustos diarios!

—Vamos, señor cura, no se queje, que en cambio son ustedes mimados por las feligresas, lo cual no es moco de pavo.

—¡Qué picarona es V., D.^a Bernarda! ¿Cree usted que nosotros nos fijamos en ellas? Pues no señora. Eso sí, según dicen, las hay de primer orden. ¡En Villamerluza tuve yo una hortelana que era canela pura!

Y al decir esto D. Cosme lanzó un suspiro en latín que hizo tambalearse á D.^a Bernarda.

Las oposiciones han terminado ya, y Pontífices y Evangelistas vuelven á quedar tranquilos mientras los respetables opositores se disputan las parroquias más provechosas, como es natural.

¡Hay tantos que están de capa pluvial caída y hasta de sobrepelliz apollillada!...

Por cierto que el nuevo arreglo parroquial hace que los fieles, hasta que nos vayamos acostumbrando, andemos sin saber en dónde podremos casarnos cuando se nos ofrezca, ni en cuál templo deberemos bautizar á los frutos de nuestro vientre.

Por lo que á mí respecta, tengo entendido que he dejado de ser feligrés de San Sebastián y he pasado á pertenecer á San Juan de Dios.

¡A San Juan de Dios!

Lo siento únicamente, porque hay gentes que murmuran de todo, y está feo el que le estropeen á uno la reputación.

*
*
*

Un poco de teatros.

A pesar de que en Eslava hay un *Espanta-pájaros*, no ha temido entrar un *Mirlo blanco*, que lleva trazas de cantar por espacio de muchas noches en aquel coliseo. Merecen plácemes, pues, Calixto Navarro, Enrique Campano y Joaquinito Valverde; este último sobre todo, que ha hecho una partitura lindísima para el *Mirlo*. ¡No saben los sordos lo que se pierden en esta ocasión!

Hemos visto la tragedia *Mar y cielo* en el teatro Español. Es cosa buena, pero buena de verdad, y su éxito muy merecido. Ahora sólo falta que así como nosotros gozamos viendo la excelente obra de Guimerá, traducida en verso libre por el distinguido autor de *Las personas decentes*, gocen Donato Jiménez y Ricardo Calvo viendo traducidos los aplausos en pesetas (aunque no sea en verso libre). ¡Dios lo haga!

En Apolo se estrenó el sábado *El ordinario de Villamojada*. Este es un bien pensado y mejor escrito sainete, original de Sinesio Delgado (que no toma nada del francés).

El éxito no fué tan grande como nosotros hubiéramos querido y como el que á veces obtienen (sin saber por qué) algunas obritas en las que el sentido común brilla por su ausencia.

¿Cómo se esforzaban para protestar algunos fetos literarios, desahuciados en la correspondencia particular del *Madrid Cómico*, por el autor del sainete!... ¡Vengativos!

Respecto á *El oso muerto*, ¿qué podemos decir después de lo dicho por toda la prensa? Nada. Nuestros vaticinios se confirmaron; Ramos y Aza cuentan con un triunfo más; los intérpretes de la obra están en ella á la altura de Vital (que ya es estar) y D. Cándido Lara... ¡tan satisfecho! Bien puede estarlo.

Felicitemos á todos, y ¡viva *El oso muerto*!

Basta por hoy.

Otro día dedicaremos algunas líneas al circo de Parish y á otros coliseos de esta coronada villa del oso (vivo) y del madroño.

* * *

En el presente momento histórico son muchos los hijos adoptivos de la nómina del Estado que se hallan con el alma en un hilo, temiendo las consecuencias funestas de la crisis ministerial. El que más y el que menos de los funcionarios públicos tiene un par de hijos más que cuando se verificó el anterior cambio de Ministerio, ó se ha creado nuevas obligaciones, desde la adquisición de una amiga íntima, hasta el capricho de comer buñuelos el primer domingo de cada mes.

Todo, absolutamente todo, está hoy para el empleado, á punto de que se lo lleven los demonios y á merced de que el nuevo ministro diga para su capote (si lo usa):

—López es un excelente funcionario (suponiendo que

haya algún funcionario que se llame López). Viene á la oficina cuando aún están los porteros sacudiendo los pupitres; es laborioso, listo y formal y hace los rabos de las eses con una lealtad que le honra; mas es preciso darle su plaza al hijo del tío Pucherete, que es un adoquín adulto, pero que cuando salió diputado, rompió á un elector rebelde todas las costillas falsas y la mayor parte de las verdaderas.

Se hace la sustitución y en paz.

En el hogar de la víctima es donde reinan inmediatamente el desaliento y la tristeza.

—López—le dice su consorte, una de esas mujeres que á fuerza de afecto llaman á sus esposos por el apellido—¿te has puesto malo en la oficina?... Traes mala cara. ¡No me lo niegues, López, á tí te han sentado mal las almejas con chantilly que te puse esta mañana!

—No, hija; es que me han limpiado el comedero.

—¿Lo tenías sucio?

—No tal. Quiero decir que me han dejado cesante.

—¡Horror!

—Nada temas. Mientras gestiono mi reposición, me dedicaré á dar lecciones de corno inglés ó de figle turco.

—¡Gracias á que te pintas solo para soplar esos aparatos, aunque te pones muy feo!

—Por de pronto te encargo que introduzcas economías en el hogar, comenzando por suprimir el tocino y *La moda elegante*.

—¡Qué le hemos de hacer!

Y así pasa unos cuantos meses la resignada pareja; él tocando, ya en los funerales, ora en los bailes campestres, y ella confeccionando sombreros y capotitas que parecen ratoneras baratas.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

EL SUICIDA

«Viéndome feo, indigente,
sin perrito ni pariente,
á matarme me decido:
señor juez, yo me suicido;
pero descaradamente.

De noche, á la luz del sol,
en Madrid ó en el Ferrol,
de la vida me retiro;
señor juez, me doy un tiro
con la fe de un español.

Tengo valor, voluntad,
cédula de vecindad...
mi situación es muy seria,
y, antes de ir á la miseria,
me voy á la eternidad.

No hay casa como la mía:
tengo una mujer bravía
que quiere darme *mulé*,

y hasta me sospecho que
vive en completa anarquía.

Ella, siempre satisfecha,
y yo, con esta sospecha
me voy quedando en lo firme,
no puedo manumitirme,
y me mato en esta fecha.

Como el hombre no es eterno,
¿quién sabe si en este invierno
caería espontáneamente?

Mi defunción, mayormente,
no perjudica al Gobierno;

y como aquí no hay doblez,
bien puede, por una vez,
dejar el acto en secreto.

Por mi parte, le prometo
no reincidir, señor juez;

Suceda lo que suceda,

juro que no habrá quien pueda
decir que prometo y falto;
quiero matarme por alto,
sin pensar en lo que queda.

Adiós, nenas, ricas mías;
adiós, luz, vida, alegrías;
adiós, *mús*; adiós, *mollate*,
permitidme que me mate...

siquiera por unos días.»

(Aquí la detonación...
Llegaron... una porción
de guardias, de esos del saco...
y gracias al amoniaco
resucitó Juan León.)

EDUARDO DE PALACIO.

SU ÚNICO HIJO (1)

(Continuación.)

Por cruda que parezca la afirmación, es preciso formularla; vivimos rodeados de ignorantes, desvanecidos por la soberbia, que mareados por el humo del incienso que en sus altares queman el miedo y la adulación, olvidan que el mundo marcha avanzando con rapidez, mientras ellos permanecen parados, fijos en el mismo punto en donde por vez primera fué impresionado su cerebro, sin tener en cuenta que detenerse cuando los demás avanzan, equivale á retroceder. Bien es cierto que nada tiene de extraño la existencia de tales *ganaches* en un país de nulidades endiosadas, de osadías enaltecidas, donde los soldados de fortuna ciñen faja de generalísimos, donde los rapsodistas y los eruditos á la violeta ocupan cátedras y donde los literatuelos de gaceti-lla y los esgrimidores del sable *decente* suelen ser considerados como representantes de la opinión pública.

.....
Y como esta digresión, demasiado extensa, me ha alejado en demasía del objeto y fin de estos apuntes, vuelvo á *Clarín* para recogerle donde le había abandonado.

En mi opinión, Alas está despistado aún. Marcha á campo travieso llevando á la espalda la balumba de prejuicios que en su primera época adquirió; y en lucha constante con su propio temperamento, desanda centenares de veces el terreno recorrido, mientras que sus vacilaciones é intentonas le obligan á cantar palinodias como las del prólogo de la cuarta edición de los *Solos*, en donde dice: «hoy por hoy no respondo de todo lo que contiene esta colección de artículos... Si yo hablase hoy tal como pienso del naturalismo y del romanticismo, del teatro, de la influencia de nuestra *literatura revolucionaria*, etc., etc., diría cosas muy diferentes, en verdad, de las que van apuntadas en este libro. No me pesa de haber modificado mis opiniones; lo creo natural, saludable.»

(1) Véase el número 34.

Por mi parte, declaro que en semejantes asuntos prefiero el criterio de Emilio Zola cuando dice: «Las batallas literarias son de tal naturaleza, que en ellas la justicia, á más de ser difícil, no sería buena. Se profesa un ideal, cueste lo que cueste, casi ciego por el humo del combate.»

Pero, en fin, *Clarín* no piensa así.

Clarín, como no tiene ideales literarios (conocidos), prefiere la crítica al menudeo, atendiendo más á ser, como ya llevo dicho, *ó terror dos tontos*; procedimiento que á la vez le consiente aprovechar su especialísima aptitud satírica. Entre sus numerosos trabajos—*Clarín* es fecundo y constante—hay muy pocos estudios críticos que merezcan el nombre de tales.

Como muy acertadamente ha dicho el Sr. Villegas, ocupándose en este mismo asunto (1), Alas, cuando *hace críticas*, pertenece, «literariamente hablando, á la familia de aquel juez que acostumbraba á dormirse durante la vista de las causas, el cual juez, al despertar, todo alborotado, exclamaba: que le ahorquen.—¡Pero señor, si se trata de un campo!...—Pues que lo sieguen.

Porque también es esta una cualidad de Alas, no tomarse el trabajo de leer lo que critica.»

En efecto, este juicio es exactísimo, y he aquí otra de las razones que influyen en que después de sentenciar á un reo, al enterarse, pasado algún tiempo, de lo injustificado de su fallo, sea el primero en solicitar el indulto.

El compromiso que *Clarín* tiene contraído con la empresa de *Madrid Cómicó*, de llenar todas las semanas un par de columnas de «Paliques», obligale muchas veces á escribir á tontas y á locas acerca de asuntos sin importancia y de personas indignas casi siempre de ocupar la atención de un crítico de sus pretensiones y que además suelen proporcionarle disgustillos de gacetillero y polémicas de trastienda, sin resultado útil.

LUIS PARÍS.

(Continuará.)

(1) *Revista de España*.—Octubre, 1891.

EN LA CALLE



Amoríos que empiezan
todos los días
y que en la vida pasan
de niñerías.

ARBITRIOS

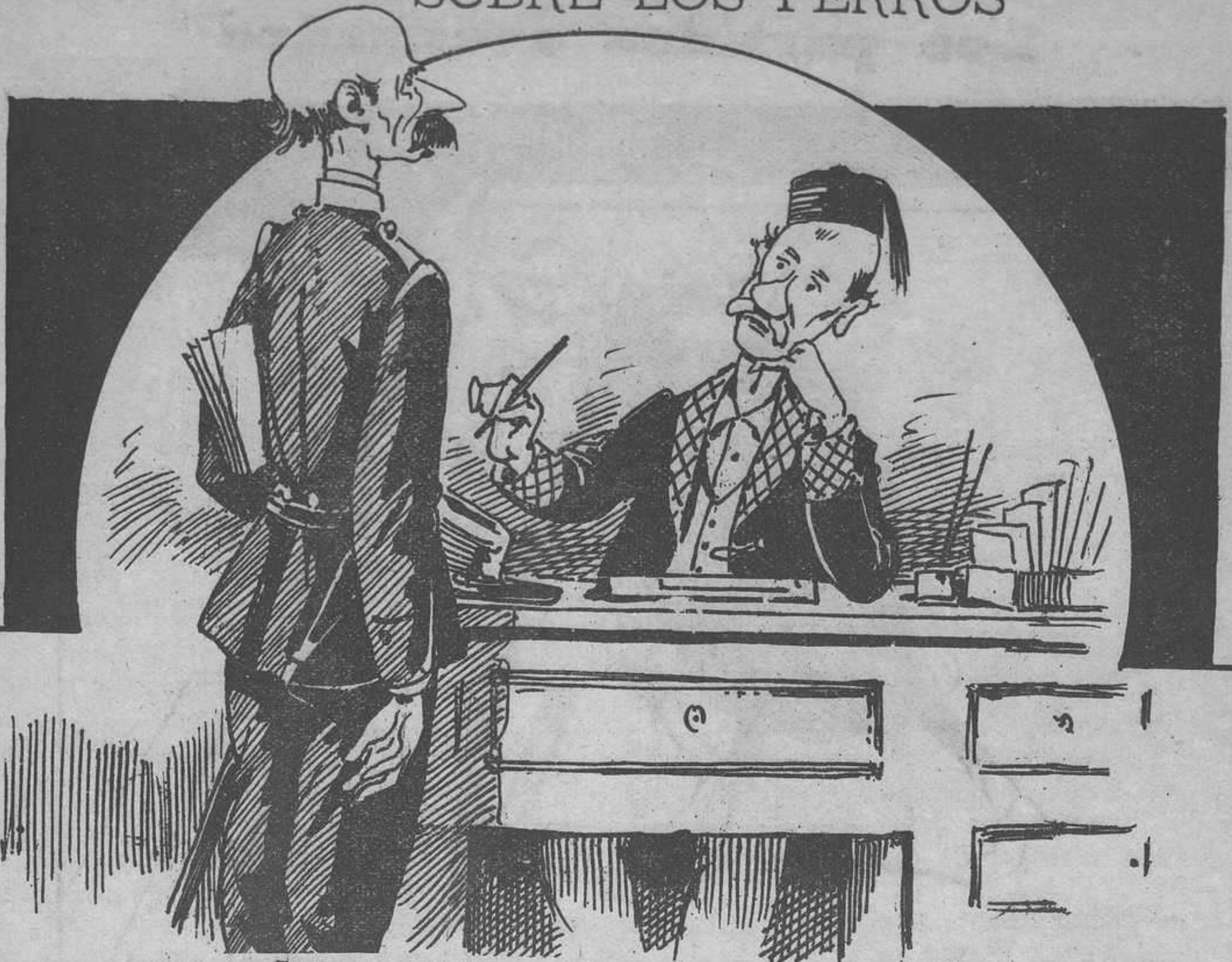


- 1 —Primeramente se pone el nombre del perro. ¿Cómo lo llama V?
 —Lo suelo llamar de muchos modos; pero generalmente, diciéndole ¡Tus! ¡Tus!

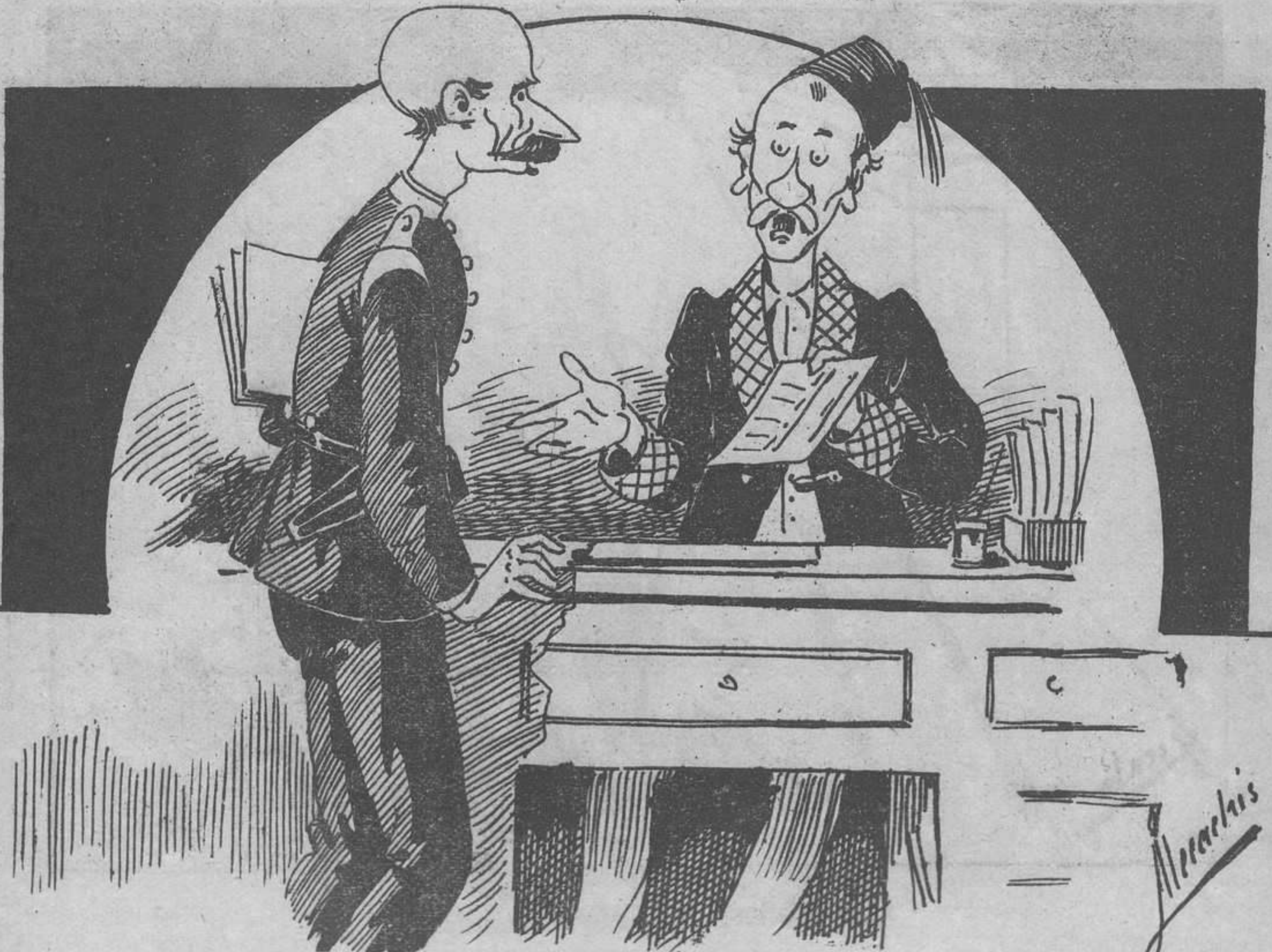


- 2 —¿Qué sexo tiene?
 —¡Hombre! Si V. quiere puede enterarse personalmente, porque yo he sido siempre un hombre digno.

SOBRE LOS PERROS



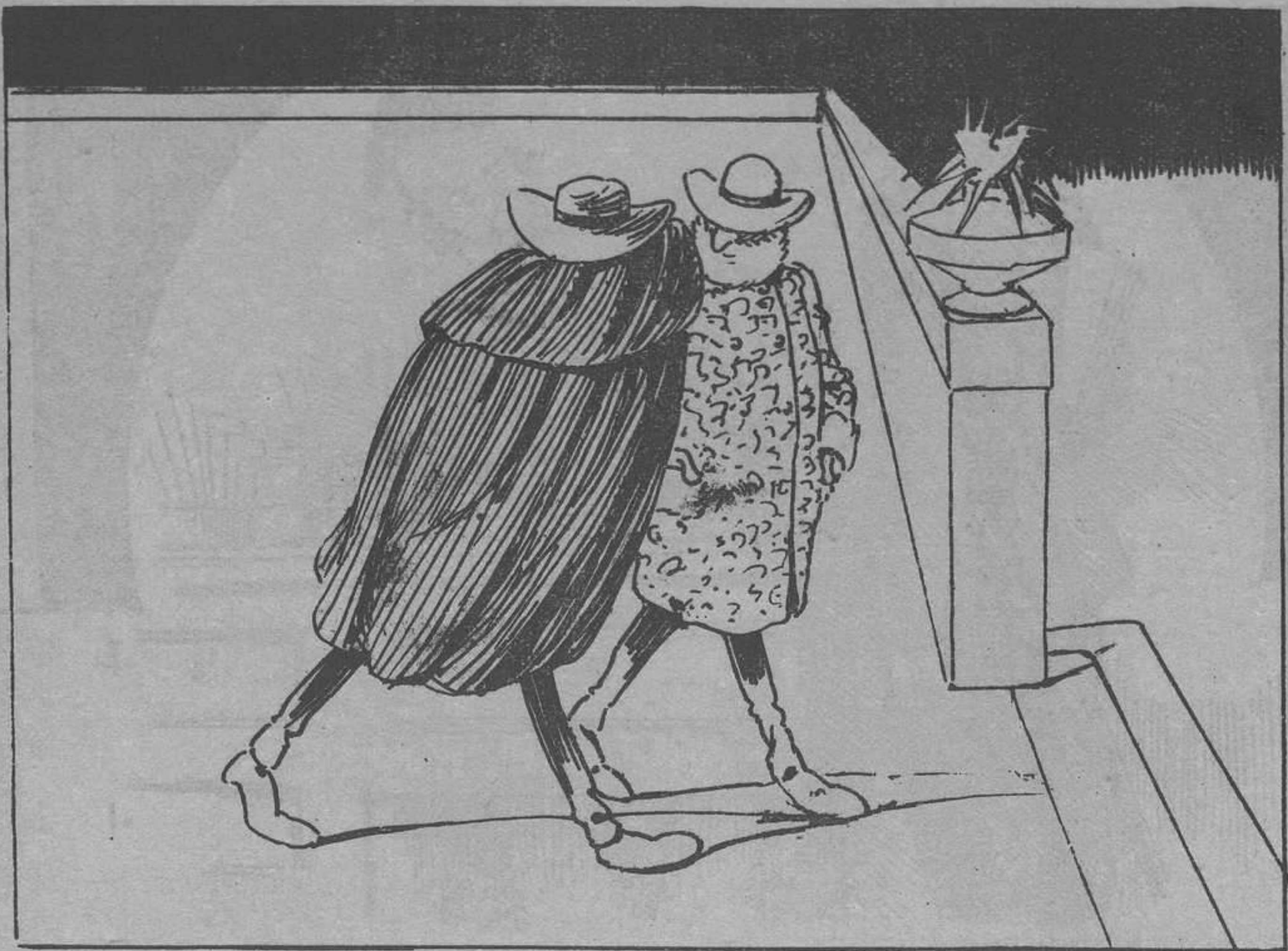
3 —Señas particulares. ¿Tiene alguna particularidad?
—Sí, señor. No le gustan las patatas fritas.



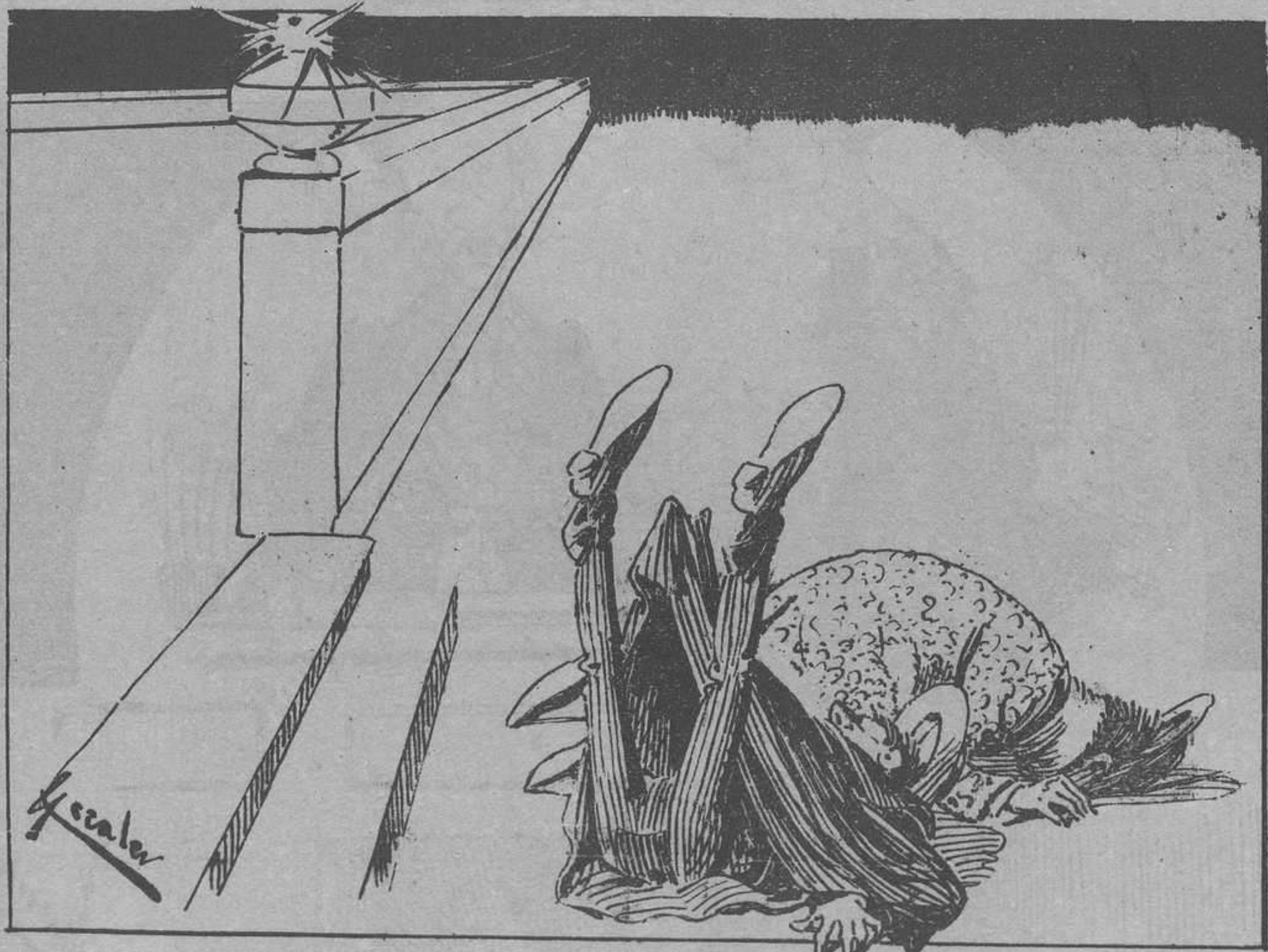
4 —¿A qué uso lo tiene V. destinado?
—¡Oiga V! ¿Por quién me toma V. á mí?

Alcachis

Los partidos avanzados



—¡Ahl ¿Con que cae? ¿Y qué cae?...



—El Ministerio y toda su familia.

PORQUE SÍ

(REFLEXIONES DE UNA MUCHACHA «CASADERA»)

—¡He de olvidarle! ¡Manos á la obra!...
Aunque me cueste perecer, le olvido...
¡Tiene razón mi madre, que le sobra!
Carlos no puede ser un buen marido.
No tiene nada más que su figura;
es un perdido, un insensato, un loco;
no estimará en lo justo mi hermosura;
su posición actual es insegura,
y no le ayuda el porvenir tampoco.
Con él ya he sido demasiado buena;
por él, fui rudamente castigada;
por él, mi casa se llenó de pena.
¡Pero todo acabó! ¡Ya estoy cansada!
¡cansada de sufrir por culpa ajena!
Pues se disputan muchos mi cariño
¿por qué voy á querer con ardimiento
á Carlos, que es un niño,
sin estudios, riquezas, ni talento?
¿No me adora el marqués? ¿No es poderoso?
¿No tiene casas, coches y caballos?
¿No me puedo yo ver con tal esposo
como reina cercada de vasallos?
¿No es amable, discreto y cariñoso?
Sí; pero su bigote
se parece al que usaba D. Quijote.
¿Y el otro, el gran poeta?
¿no ha de hacerme feliz con sus amores?
En sus redes sujeta,
mi camino será senda de flores.

¡Triunfos, honor, felicidad completa!...
¿Qué persona influyente no es su amigo?
¿Quién no sabe su nombre y le respeta?...
¡Pero viste tan mal, que es un castigo!
El joven ingeniero
dicen que pronto nadará en dinero,
y no hay hombre de ciencia
que no alabe su clara inteligencia.
¿Por qué, pues, no le quiero?
¿No sé que tiene ya para la vida?
¡Con él me envidiaría el mundo entero!
Sí; pero tiene la nariz torcida.
Si el médico no fuese tan delgado,
si no fuera tan gordo el abogado,
si no fuera tan bruto
el otro pretendiente acaudalado
y si no se llamara Restituto,
¡yo los aceptaría de buen grado!
¡yo buscaría á Carlos sustituto!
Pero, ¡si eso es un hecho consumado!
Ya sé que Carlos es un calavera,
sé que tiene serrín en la mollera,
que solamente el vicio es su alborozo,
que seré más dichosa con cualquiera...
¡Pero es tan elegante y tan buen mozo!...
¡Nada! ¡No puede ser que no le quiera!

Por la copia,
RICARDO J. CATARINEU.

LAS CUATRO PESETAS

(PÁGINAS DE LA VIDA DE UN AVARO)

I

Cuando D. Cirilo se sintió enfermo, llamó aparte á su mujer para decirle:

—Rudesinda, yo voy á tener que quedarme en la cama, porque me faltan las fuerzas; pero mientras tanto, ¿quién se ocupará en mis negocios? Pensaba demandar el lunes á D.^a Aquilina, la viuda del brigadier, para que me pague los catorce duros que le he prestado, con más los noventa y siete de los réditos. También quería embargarle los muebles al inquilino de la calle de la Gorguera, que me debe mes y medio; además pensaba ir al Rastro, donde hay una liquidación de bacalao inservible á dos perros grandes el kilo.

—¿Para qué?

—Para comprar una buena partida y vendérsela después á mi cuñado el de Jadraque, que no entiende de bacalaos.

—Hombre, yo creo que tu enfermedad no ha de durar arriba de dos ó tres días. No conviene que te estés en la cama, porque vas á ensuciar las sábanas, y aparte de esto, una enfermedad siempre ocasiona gastos.

—Eso digo yo; por muy malo que me sienta, no debemos llamar al médico. Lo más que puedes hacer es pedir los santos óleos, porque eso lo dan de balde.

Don Cirilo se fué agravando poco á poco, y no tuvo más remedio que llamar á un doctor.

—Vamos á ver—le dijo.—¿Usted, cuánto cobra por cada visita?

—No hablemos de eso—contestó el discípulo de Hipócrates.

—Sí, señor; hay que hablarlo todo, porque después no me gustan cuestiones.

—Bueno, pues le cobraré á V. diez reales por cada visita.

—¡Qué atrocidad! ¡Diez reales!

—Vamos, póngase V. en razón—dijo D.^a Rudesinda.

—¿Quiere V. siete?—preguntó el enfermo.

—Vamos, que no sea ni lo tuyo ni lo del señor. Le damos á V. siete y medio, y no hay más que hablar—replicó D.^a Rudesinda.

El médico bajó la cabeza, y D. Cirilo sacó la mano fuera de la cama, diciendo:

—Vaya, tómeme V. el pulso, y no me recete V. cosas caras, porque los tiempos no están para hacer desembolsos.

—Está V. muy débil—dijo el doctor, pulsando á don Cirilo.—¿Se alimenta V. bien?

—Ya se ve que sí—contestó la esposa del enfermo.—Aún esta mañana se comió él sólo cerca de un cuarterón de hígado y dos avellanas tostadas, que nos regaló la portera.

—Pues es necesario aumentar la alimentación. ¿Le gusta á V. la carne?

—Ya lo creo que me gusta; pero no la saca V. menos de veinte cuartos la libra, y para eso hay que ir á comprarla á la calle de la Ruda.

—Y le dan á V. dos ó tres onzas de hueso—añadió D.^a Rudesinda.

—Coma V. buena carne; beba V. buen vino y buena leche; trabaje V. poco...

Don Cirilo abrió los ojos asustado. Su esposa se llevó las manos á la cabeza y el doctor se fué por el foro, después de decir que volvería al día siguiente.

—Si no lo cree V. de absoluta necesidad, puede V. ahorrarse la visita—exclamó D. Cirilo.—Anda, Rudesinda, págale al señor sus siete reales y medio.

—Mi deber profesional me obliga á volver mañana.

—¿Qué se le va á hacer!—murmuró D.^a Rudesinda enjugándose una lágrima.

Y ambos esposos se miraron en silencio durante cinco minutos.

—¡Nos va á arruinar!—dijo el enfermo sentándose en la cama.

—Hombre, haz un esfuerzo á ver si puedes levantarte; acuérdate de que tienes que desahuciar al inquilino de la calle de la Gorguera.

Don Cirilo trató de ponerse los pantalones, pero no pudo. Su esposa entonces le trajo una cortecita de queso para reanimarlo.

—Anda, come un poquito, que tú lo que necesitas es alimento fuerte.

—¿Quién te ha dado este queso?—preguntó alarmado D. Cirilo.

—Se lo he quitado á la vecina del segundo, cuando fuí á pedirle prestada la cazuela para cocerte la flor de malva.

—¡Qué rico es!

—Pues cómetelo todo, que estás muy débil y no debes escasear los alimentos.

Al día siguiente el médico notó que D. Cirilo había empeorado, y dispuso que fueran á la botica en busca de un medicamento.

Doña Rudesinda estuvo á punto de desmayarse cuando le dijo el boticario:

—Ahí tiene V. la medicina ..

—¿Cuánto es?—preguntó ella, lanzando un suspiro.

—Tres reales y medio.

—¡Tres reales y medio! ¡Qué escándalo!

A fuerza de regatear le rebajaron un perro chico, y no contenta con esto le pidió al boticario dos ó tres hojitas de flor de malva, por si había que hacer cocimiento.

Don Cirilo supo lo de los tres reales de la medicina y se puso peor.

—Vaya, no te aflijas—le decía su esposa.—Lo primero es la salud. Anda, toma la cucharada.

—No, no me des más que la mitad, para que dure todo lo posible.

Al día siguiente, cuando llegó el médico, D. Cirilo estaba medio helado.

—Hay que abrigar á este hombre—dijo el doctor con malhumorado acento.—Cómprele V. un traje de franela para que entre en reacción.

—¿Un traje de franela?—exclamó D.^a Rudesinda dando un salto.

—No es preciso comprar nada—murmuró el enfermo.—Que me traigan el gabán.

—¿Para qué?—preguntó el facultativo.

—Para ponérmelo.

—Sí—añadió D.^a Rudesinda,—y si no tienes bastante puedes ponerte un refajo mío.

II

La enfermedad ha ido adquiriendo proporciones alarmantes.

El médico ha conminado á D.^a Rudesinda con la retirada, si no se cumplen sus órdenes.

—La debilidad es mayor cada día—ha dicho solemnemente.—Por de pronto, tiene V. que comprar una botella de buen Jerez y darle una copita cada dos horas. De otro modo, no cuente V. con su marido.

—Pero...

—No tengo más que decir.

Doña Rudesinda quedó anonadada. Después, adoptando una resolución extrema, salió á la calle.

Media hora después, regresaba al lado de su esposo, que al verla entrar le dijo:

—¿De dónde vienes?

—De comprar una botella de vino generoso—contestó D.^a Rudesinda con acento dolorido.—¿Sabes cuánto nos ha costado?

—No—rugió D. Cirilo, abriendo los ojos hasta lo inverosímil.

—Cuatro pesetas—dijo D.^a Rudesinda.

—¡Cuatro pesetas!—repitió el enfermo.

Y dejó caer la cabeza en la almohada pesadamente... ¡Estaba muerto!

LUIS TABOADA.



Dice un periódico, «eco imparcial, etc.», que los estudiantes, el día de Santa Isabel, iban gritando á las muchachas que había en los balcones:

«¡Bendita sea la gracia! ¡Viva tu *mare!*»

En lo cual no hay nada de particular.

¿A que no le dijeron á ninguna «¡Viva tu *pare!*»?

Verdad es que las que tuvieran padres merecedores de la ovación de los estudiantes, no se asomarian á los balcones.

¡Por pura modestia!...

*
**

Otra noticia:

«En la corrida de toros celebrada en Barcelona, ocurrieron cuatro desgracias.»

Y dice el *mismo* diario, en la *misma* plana:

«Una mujer y un hombre andan por esas calles, *sol-tando* horóscopos, por 10 céntimos. ¡Parece mentira que eso se tolere en una nación culta!»

Claramente se ve que lo de *nación culta* es una ironía te rible, que los españoles *de sangre* no debemos tolerar.

Porque aquí somos capaces de escabechar á esos horoscopistas y hacer copias de sus calaveras.

Para ofrecer peleón á cualquier torero guapo.

*
**

Respiremos:

«En Baeza han sido procesados tres sujetos, por *robo* de *tres* aceitunas.»

Aún recordamos un sueltecillo, publicado hace poco tiempo, que decía cómo dos amigos, *paseando*, se habían herido gravemente con unos sables.

Y citaba los nombres de los amigos y de sus acompañantes, y ninguno fué procesado.

Aquí de aquel epigrama:

«Nunca he visto, *Antón*, tan tiesa
la vara de la justicia.»

*
**

En el Consejo Superior de Agricultura se discutió días pasados el proyecto de reglamento para clasificar los pájaros favorables y perjudiciales á la agricultura.

Pues eso es sabido: favorables, los papamoscas.

Y perjudiciales, los ministros de Fomento.

De donde se deduce que hay un pájaro favorable y perjudicial al mismo tiempo.

Porque, según el diccionario, *papamoscas* y *papantatas* son sinónimos.

*
**

Textual, de *La Correspondencia de España*:

«La anunciada reunión de ex-ministros *fusionistas* no se celebrará hasta días antes...»

¡Para fiarse de los cajistas!

Con una equivocación, ridiculizan lo más respetable.

Y todo por falta de una s.

*
**

Libros:

Confidencias, por Luis Pardo. —Se ha puesto á la venta la segunda edición de esta bonita novela, que se separa del vicioso método empleado hoy por la mayoría de los escritores malos. Su acción no está forzada ni falseados los caracteres de sus personajes; se desarrolla lógicamente y sus interesantes períodos están narrados con un estilo sencillo, natural, castizo; sin frases rebuscadas, ni giros afectados, ni inscrustaciones de palabras extranjeras.

Precio, 2 pesetas.



Ris-Ras. —Uno solo se publicaría si no estuviera tan mal traído el chiste.

Sr. D. A. P. U. —Madrid. —Me parece que tiene aún poca punta ese lápiz.

D. Mo. Crata. —Empieza en broma y acaba en declaración amorosa. Más vulgar, ni Isasa.

Sr. D. M. J. —Salamanca. —Oro y decoro son consonantes, pero no pueden estar juntos; y menos en el romance.

Sr. D. J. M. —Madrid. —Tenga V. paciencia, que ya le llegará su San Martín.

Sr. D. R. C. —Madrid. —*Pierde el sentido* dos veces, por la fuerza de los modismos.

P. Lusa. —Está V. desconocido. Por las incorrecciones de las últimas menudencias lo digo.

Perulero. —¿Que no me atrevo? A que sí:

«Yo sé de un director
que debe ser monigote,
y ese mezquino señor
á cualquiera llama zote
sin mirarse su candor...»

Pero vamos á ver, zotísimo: ¿cómo he *de llamar* al que escribe esas insulceses anti-gramaticales, anti-poéticas y anti-sentido-comuneras?

Sr. D. J. de A. —San Sebastián. —Igual que la de D. J. M. V.

Calores. —El caso es, que sólo interesan á *la serrana*, y el público pide asuntos menos concretos.

Lo. T. Ria. —¡Si no estuvieran tan confusos!

Igualador. —Para decirselo á ella en carta particular, estaría bien; sobre todo, si se suprimían algunas figuras imposibles.

P. Qué. —¡Contempla tu obra!

«Te cité con *alegría*,
llegaste, *alegremente*,
y mil besos repetía...
pero eso es cualquier cosa,
eso es moneda corriente.»

No, señor; eso es una colección de disparates, sin ejemplo en el mundo.

Sr. D. J. M. V. —Madrid. —Al contrario, tienen gracia; pero *vertida* en asuntos gastadísimos, como le sucede á la última.

VIUDA É HIJOS DE LA RIVA, impresores, calle de San Isidro, 6 duplicado. —Teléfono 260.



EL CASCABEL

SEMANARIO SATÍRICO ILUSTRADO

Se publica todos los jueves y está redactado e ilustrado por los mejores escritores y dibujantes españoles.

Precios de suscripción en toda España: trimestre, 1'50 pesetas; semestre, 3; año, 6.

Extranjero y Ultramar: semestre, 6; año, 10.

Precios de venta: Número suelto, corriente ó **atrasado**, 10 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de un trimestre, y las de fuera de Madrid, así como los números atrasados, no se servirán si al pedido no se acompaña su importe en letras, libranzas ó sellos de franqueo.

Los señores suscriptores tienen derecho á recibir gratis todos los números extraordinarios que se publiquen, como asimismo el Almanaque de EL CASCABEL.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

calle de San Isidro, núm. 6 duplicado.

(Teléfono 260.)

HORAS DE OFICINA: TODOS LOS DÍAS DE 10 Á 5

Se admiten suscripciones en la Administración de este periódico, en la librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en la de los Sres. Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12.

EL ÁGUILA
GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS
3 — Preciados — 3

RETRATOS

inalterables, reproducidos y ampliados, últimos adelantos.

E. OTERO, Alcalá, 19.

Hay ascensor. Teléfono 166.

PERFUMERÍA FRERA

Primera casa en perfumería fina, peines, peinetas de concha, marfil é imitaciones; cepillería fina y demás objetos de tocador.—Especial en blancos y tintes.

1, Carmen, 1, Madrid

LEGÍA FÉNIX

Para el lavado y fregado con **80 por 100** de economía en tiempo, trabajo y dinero. Venta al por menor en droguerías, ultramarinos y cacharrerías.

Por mayor con descuento.

Plaza de San Nicolás, 6.

Enfermedades del estómago

PASTILLAS COMPRIMIDAS DE RUIBARBO DE COIPEL

Inapetencia, dispepsia (digestión difícil), estreñimiento, flato, antibilioso, purgante suave y seguro.

Barquillo, 1, Farmacia.

DOLOR DE MUELAS

Lo cura sin operación

CALVO, DENTISTA

Caballero de Gracia, 30, pral.

MANUEL S. DE BETHENCOURT

Único y exclusivo Representante de EL CASCABEL en Caracas (Venezuela)

SUR 4. NÚMERO 45

RELOJES

Ancora plata, remontoirs, á 29 pesetas; de acero, á 20; de níquel, á 10. Roskopf legítimos, á 35. Composturas, con garantía, á mitad de precio. Especialidad en las de cronómetros y repeticiones. Se encarga de dar cuerda á domicilio.

Sal, 2 y 4, relojería

(Casi esquina á la calle de Postas.)

CARLOS PRAST

CONFITERÍA Y ULTRAMARINOS

8-ARENAL-8

(Teléfono núm. 283.)

ENFERMEDADES

DE GARGANTA, NARIZ Y OÍDOS

Consulta gratis.

Magdalena, 36, principal.

De 10 á 12.

Antigüedades

COMPRA, VENTA Y CAMBIO

ENRIQUE GÓMEZ

Carrera de San Jerónimo, 44.

Vente d'Antiquités et d'Objets d'Art.

Sale of Antiquities and Objects of Art.

No hay

en todo el mundo fábrica ni almacén que pueda competir en precios ni clases con el

BAZAR DE CAMAS

1—Plaza de la Cebada—1

!!!Camas desde **12 pesetas!!!**

!!!Colchones desde **48 reales!!!**

No comprar sin visitar esta casa, la primera en su clase.

ALMACÉN DE PIANOS

Gran surtido de pianos, á precios módicos y garantizados.—Alquileres, cambios, reparaciones y afinaciones.—*E. Fernández Laguilhoat,*

Barrionuevo, 2, pral.

SOMBREROS DE PARÍS

ELEGANTES Y BARATOS

Fuencarral, 30, primero.

MUÑOZ Y ALMANSA

Nuevo centro de compra-venta de muebles, tapicería, sillas doradas é infinidad de artículos baratos.

Cedaceros, 13, bajo.

Probad

el café de **EL DIVAN.**

16—Sevilla—16